

LA CONTRARREVOLUCIÓN EN FRANCIA

POR

JACQUES TRÉMOLET DE VILLERS

I

Es para mí un gran placer y un gran honor hablar en este congreso de los amigos de la Ciudad Católica. Pues, para nosotros, en Francia, la Ciudad Católica es una vieja amiga. Y ese placer resulta aún más grande al ver que esta amistad, reforzada, vuelve a nacer con la generación siguiente. Hace quince días, el profesor Miguel Ayuso nos hizo el honor de hablar en nuestro congreso de Versalles, como Juan Vallet de Goytisolo lo hizo en Lausana. Así también yo lo hago hoy aquí como solía hacerlo Jean Ousset a los predecesores de este Congreso. Con la fidelidad, la continuidad y la amistad, tenemos lo necesario para triunfar.

Me han pedido que hable sobre la contrarrevolución en Francia. Es un tema muy amplio, razón por la que me voy a limitar a ilustrar con algunas pinceladas que permitan comprender mejor la situación actual. Con el fin de actuar mejor, porque creo que no hace falta hablar y estudiar si el fin no radica en hacer pasar a acto lo que es intención.

Dividiré mi exposición en tres partes. En primer lugar, hablaré de lo que se puede llamar «la contrarrevolución espontánea», es decir, al período inmediatamente siguiente al estallido del fenómeno revolucionario en Francia en su fase aguda: de 1789 a 1815. Luego les hablaré de la reflexión y de la acción más profundas que se desenvuelven contra la Revolución a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX. Por fin, expondré la situación actual, en vísperas del tercer milenio y después de dos siglos de una revolución dominante.

II

Cuando estalló la Revolución, en 1789, o sea, en su fase aguda, ya llevaba actuando desde mucho tiempo atrás. Según Jean Ousset, y no es el único en analizar lo que también Paul Hazard escribió en su libro sobre «la crisis de la conciencia europea», fue al final del reinado de Luis XIV, es decir, a comienzos del siglo XVIII, cuando la Revolución encontró su verdadera dinámica. La francmasonería fue el hormigón que trabó el agregado de ideas de la «ilustración», uniéndose por la acción de las logias todas las oposiciones, anteriormente divididas, contra la Iglesia Católica y el Reino Social de Nuestro Señor Jesucristo.

Hay que confesar que las élites francesas del clero y la nobleza no sólo no acertaron a divisar ese mal revolucionario, sino que ayudaron positivamente a difundirlo. La Corte solía divertirse en pertenecer a las logias; daban apoyo a los autores subversivos cuando la policía real intentaba limitar la publicación de sus obras, etcétera. Malesherbes, bibliotecario del Rey, que luego fue su abogado, y que murió con su «cliente» en la guillotina, fue uno de los que, antes de aquella época aguda y visible de la Revolución, ayudó a la difusión, o por lo menos no prohibió, de unas obras que provocaron la Revolución.

Cuando ésta estalló, nadie o casi nadie comprendió la amplitud del fenómeno. Hubo que esperar a Joseph de Maistre para encontrar una comprensión a la altura de las circunstancias. Por eso, la contrarrevolución espontánea es a menudo revolucionaria sin saberlo. El caso del poeta André Chénier es suficientemente expresivo. Hasta que llegó a la cárcel donde esperó la guillotina, André Chénier permaneció fiel a sus ideales, sin comprender que le llevaban a la muerte. Es solamente entonces, sin embargo, cuando en ciertas odas escritas contra el horror de Marat, su genio poético le permitió entrever y estigmatizar el horror. Pero en vano se buscará en él ni una definición de la Revolución ni una estrategia contrarrevolucionaria.

Además, los mismos contrarrevolucionarios no se definían

como tales. Fueron los otros, esto es, los revolucionarios, quienes los apodaron así. Ser contrarrevolucionario era un crimen, por eso, nadie quiso llamarse así oficialmente.

Charlotte Corday, cuando mató a Marat, quiso librar a Francia de una plaga malhechora. Cumplió así un acto digno de las tragedias de su tío Pierre Corneille, lleno de ejemplos precedentes de la antigüedad romana, muy de moda en la época. Pero en modo alguno fue un acto contrarrevolucionario consciente y organizado.

Este ejemplo de Charlotte Corday dio, sin embargo, el tono a esa «contrarrevolución espontánea». Fue esencialmente una reacción contra las atrocidades de la Revolución.

Tres rasgos esenciales alimentaban esa contrarrevolución:

— El horror a las persecuciones religiosas, lo que sostuvo a los sacerdotes refractarios que se negaron a prestar juramento a la Constitución civil del clero. Fue la contrarrevolución religiosa.

— La negativa a la guerra ideológica — prefiguración de las guerras modernas — y de la protesta masiva que provoca con el servicio militar obligatorio.

— La oposición a la destrucción de los órdenes y corporaciones que constitúan, con el rey, todo el sistema del antiguo régimen, y que al colapsarse acarreó un conjunto de miserias, ruinas e incertidumbres económicas.

Estos tres elementos, que nacieron espontáneamente de la experiencia, se hicieron presentes y aún hoy siguen presentes en nuestro patrimonio contrarrevolucionario. Tan sólo, en cuanto al segundo elemento, ha desaparecido la conscripción militar por razones históricas, aunque permanece la negativa a la guerra por motivos ideológicos, siempre muy presente en la concepción contrarrevolucionaria.

Sin embargo, hasta este momento, los tres elementos anteriores no cuajan en una teoría. Son simples acciones: red de apoyo a los sacerdotes; movilización de los vandeanos y de los bretones, aunque también de los «blancos del sur» y del este... Esta movilización se hizo contra la Nación. La Nación, en París, sustituyó al Rey. Además terminó dándole muerte el 21 de enero de 1793, momento en el que Francia quedó sobrecogida de estupor y de

horror. Por todas partes estalló la «contrarrevolución espontánea», que sólo tenía una idea: oponerse por la fuerza contra esos hombres de la Nación. Pero no había ni unidad de mando, ni estrategia común, ni siquiera una idea común. Fue una explosión de heroísmo individual y, sobre todo, la Vandea y Bretaña se llenaron de gloria.

Quizá el único elemento común, cierto y unificador de esta «contrarrevolución espontánea» —el único además que no resultó vencido en la contienda— fue la defensa de la religión católica, del mantenimiento del culto y de la libertad de la Iglesia. Esta salió todavía más fuerte y consolidada de la prueba. Victoriosa gracias a los sacrificios de los vandeanos, bretones, meridionales, etcétera.

III

Todo esto nos lleva al segundo período de la contrarrevolución, el de los siglos XIX y XX. Con la Restauración de los Borbones asistimos a un fabuloso renacimiento católico en el clero, en las letras y artes y en la política, aun dentro de un panorama muy mezclado. Sin embargo, la contrarrevolución no logró convencer a las clases medias de la nación. Fue un período con una gran producción literaria y filosófica de análisis sobre la revolución, se inició la gran época de la contrarrevolución teórica. Así, por ejemplo, tenemos a Joseph de Maistre, Blanc de Saint-Bonnet, Bonald, el cardenal Pie, monseñor Freppel, Louis Veuillot, el padre Barruel y, en un campo distinto, Delacroix, Bandeler, Auguste Comte, Taine. El primer grupo compuso un cuerpo de doctrina, mientras que el segundo elaboró un conjunto de reflexiones críticas sobre la Revolución, contribuyendo ambos a construir teóricamente la contrarrevolución.

La contrarrevolución salió victoriosa en el campo de la fe y de la liturgia, gracias a Dom Guéranger y Dom Delatte. Salió victoriosa en las bibliotecas con los autores que, entre otros, he citado: ganó el combate doctrinal, sobresalió en las luchas de las

ideas. También se hizo importante en el campo político con la restauración borbónica y, luego, después de la Revolución de 1830, gracias al mantenimiento de una realza por supuesto liberal y, sin embargo, políticamente tradicional. Incluso con el mantenimiento de un régimen de autoridad durante el Segundo Imperio. Es sólo en 1871 cuando la contrarrevolución fue oficialmente vencida. Pues de 1815 a 1870, aunque conoció una serie de fracasos en su intento de imponer una dinastía católica, tradicional y contrarrevolucionaria, y, por tanto, no tuvo en el poder, se mantuvo, sin embargo, cerca del mismo.

Fue en el campo cultural donde fracasó la contrarrevolución. No le faltaron talentos, ni mucho menos ... Pero no consiguió dar el tono general a la sociedad. Después de una revolución espantosa, cuando volvió la paz, no se notó el desarrollo de una verdadera educación, de una verdadera cultura católica, nacional y popular. Se notó, al contrario, por un lado un conjunto de autores católicos o contrarrevolucionarios agnósticos pero sinceros, y por el otro una red de cultura nacional y popular revolucionaria. Esa red utilizó la poesía y la canción, el teatro y la novela, los recuerdos de guerra —incluso las napoleónicas—; crearon un mundo aparte que apareció más libre, más atractivo, adornado del encanto de la sensibilidad y de la cultura. Fue esa acción cultural la que, poco a poco, fue ganando el mundo político y el económico, haciendo fracasar la contrarrevolución. Una contrarrevolución que en 1815 contaba con la vuelta a la fe, el apoyo popular y la simpatía de poetas y escritores como Musset, Lamartine y Hugo que fueron legitimistas y fieles a Roma. Luego sólo Musset permanecería así, porque Lamartine y Hugo se hicieron republicanos, llegando este último a morir como «religioso sin Iglesia». Así, sesenta años después, iba a quedar la contrarrevolución desprovista de todo menos de libros: tesoros pero tesoros escondidos... Las ideas, eran buenas, justas y verdaderas. Pero no circularon.

Durante la primera mitad del siglo XX una tentativa original encarnó la contrarrevolución: se trata del movimiento de la Acción Francesa. La Acción Francesa naciente alcanzó grandes logros: sacó las lecciones de la situación del siglo anterior y reunió cul-

tura y contrarrevolución, aunque también se valió de hombres militantes y valientes. Sobre todo política, tuvo una destacada impronta cultural.

«La inteligencia, en primer lugar», decía Maurras. Y su ejemplo personal demuestra que la cultura, es decir, el combate cultural, fue para él lo más importante. Con esta dimensión, el combate político directo iba a sufrir una importante transformación. Las ideas iban a trascender de los libros y los libros tampoco iban a quedar encerrados en las bibliotecas. Iban a hacerse presentes en los anfiteatros, en las reuniones, en los cafés, en los salones, en periódicos, y mediante los periódicos salieron a la calle.

La estrategia parece sencilla y aun simplista: es la vuelta del Rey. Con él el sistema entero podría desarrollarse, puesto que el Rey es el eje de la contrarrevolución eficaz.

Este gran esfuerzo, que duró más de medio siglo, fracasó en su mayor parte. Por dos razones:

1. La restauración del rey era la base única de todos los esfuerzos. Ahora bien, no había un rey, y el que los líderes de la Acción Francesa habían elegido no quiso comprometerse con ellos. Así, este esfuerzo de restauración monárquica se quedó en platónico. El rey, encabezando sus tropas, hubiera podido animarlas y reforzarlas. Pero hubieron de luchar sin él e incluso resultó evidente que a despecho de él y contra él.

2. La mayoría de las tropas —por no decir la totalidad— de aquella contrarrevolución encarnada en el movimiento de la Acción Francesa fue católica. Sin embargo, Charles Maurras y Jacques Bainville se declaraban agnósticos. Respetaban a la Iglesia y, como dijo San Pío X, de Maurras, «fue un defensor de la fe». Maurras expresó su dificultad creer en su oración final:

Ecoutez ce besoin de comprendre
Seigneur, je ne sais qui vous êtes
Et je ne comprends rien à l'être de mon être.

Sus adversarios explotaron esta mayor dificultad consiguiendo, de manera injusta y provisional, pero eficaz, su puesta en el Índice por el Vaticano en 1926. Esta puesta en el Índice fue llamada

muy rápidamente «condena», tanto más importante en cuanto se le quería atribuir el significado de revancha del movimiento del Sillon, que San Pío X había condenado por sus «comparaciones blasfemas entre el Evangelio y la Revolución».

Así, la Contrarrevolución, caracterizada principalmente por la fidelidad a la Iglesia y la esperanza de la restauración monárquica, se encontró debilitada por la desaprobación oficial de la Iglesia y por las reticencias —para no repetir desaprobación— posteriores del rey. No podía darse, desde luego, una situación peor. En este estado, a fines de la segunda guerra mundial, Charles Maurras sería aún condenado a reclusión perpetua por delito de traición. Era el golpe definitivo, pues el jefe de la contrarrevolución quedaba convertido en un «infame» y «traidor», siendo condenado como tal.

En 1945 triunfó en Francia la revolución, que iba a asentarse sobre un régimen tripartito constituido por el comunismo, el socialismo y el «progresismo» cristiano. E iba a matar, encarcelar o juzgar «indignos nacionales» a todos sus oponentes.

IV

Fue en ese momento cuando nació en Francia la tercera y última forma de contrarrevolución. Procede de la iniciativa de Jean Ousset, denominada primero *Centro de Estudios Críticos y de Síntesis*, y más tarde *La Ciudad Católica*. La idea de Jean Ousset parte del planteamiento de Maurras: sacar provecho de las batallas perdidas y luchar únicamente en lo esencial. Y lo esencial para Ousset, en el momento en que sale a la palestra, es lo temporal cristiano, mientras que la concreta forma política resulta secundaria. En primer lugar, hay que hacer aceptar el hecho de que lo temporal también puede y tiene que ser cristiano. Los cristianos deben convencerse de esto. En segundo lugar, para lograr esta aceptación, se necesitan grupos activos cuya actuación siga una estrategia general.

La experiencia había mostrado la fragilidad y la vulnerabili-

dad de las grandes organizaciones y la revitalización cristiana de la sociedad precisa de número ilimitado de iniciativas diversas. Las reacciones contra la revolución fueron numerosas, espontáneas, vivaces, en definitiva diversas e incluso a veces se creyeron opuestas entre sí. Una acción eficaz no puede pretender por sí sola reconstruir todo: si tenemos que volver a levantar un edificio, ese resultado no puede obtenerse sino de la sincronización de una pluralidad de fuerzas y acciones diversas.

Ahora bien, cuando empezó Jean Ousset, era evidente que la revolución había ganado todas las posiciones y que la contrarrevolución agonizaba con sus dirigentes en las cárceles. Sin embargo, existía un tesoro doctrinal, el de la doctrina social de la Iglesia; y un tesoro cultural, el patrimonio de la civilización cristiana. Se trataba sólo de convencer a los hombres, uno tras otro, para evitar que tales tesoros quedaran muertos en bibliotecas y museos.

Por eso, se precisaba una atención realmente nueva en la historia de la contrarrevolución francesa a la acción, los métodos apologéticos y la forma de actuar, con la finalidad de conquistar los corazones y seducir los espíritus. No es, en consecuencia, exagerado decir que este tercer y último período de la historia de la contrarrevolución en Francia es el de la preocupación por los métodos de acción.

¿Cómo convencer a la gente? ¿Cómo conquistarla? ¿Cómo atraerla? ¿Cómo moverla a actuar? ¿Cómo desarrollar esta acción y asegurar su continuidad? ¿Cómo realizar la unidad dentro de la diversidad? ¿Cómo suscitar lo que tiene que ser, fomentar lo que es, reformar lo que se aleja del sentido real y saludable y, sobre todo, asegurar la complementariedad entre las fuerzas que actúan juntas sin saberlo?

La idea de una obra auxiliar, no competidora de otras y a su servicio, asegurando —mediante la difusión de una enseñanza y la práctica de un cierto tipo de acción— una unidad, aunque sea mínima, es la idea central de Jean Ousset. Su realización nunca ha concluido, de modo que la *Cité Catholique*, el *Office International des Oeuvres de Formation Civique et Action Culturel selon le Droit Naturel et Chretien* y ahora el *Institut Culturel et Techni-*

que *d'Utilité Social* (ICTUS) son sólo formas diversas y sucesivas cuyo motivo es responder a lo esencial de esta preocupación y que, por tanto, se van adaptando a la evolución de los tiempos.

Todas tienen como base lo esencial, es decir:

— el servicio de la encarnación temporal, cultural, social y política de la fe católica;

— el servicio de esta encarnación temporal peculiar e irrenunciable que es la patria, para nosotros Francia;

— la utilización de un método de acción que sigue siendo el servicio de todos los hombres, movimientos, partidos que se dedican a la difusión de la fe en lo temporal o a la defensa de la patria.

Esta obra conoció muchas vicisitudes. Padebió lo que se ha llamado «crisis de la Iglesia». Sufrió divisiones y separaciones. También conoció de la duda y la vacilación con el paso del tiempo. Pero no dejó de existir y hoy empieza su tercera generación.

Llega esta tercera generación cuando la Revolución alcanza su fin. Su mayor encarnación —paroxística—, el comunismo soviético, se ha colapsado. Y en la situación que resulta de este colapso los herederos de la contrarrevolución no tienen sólo que defenderse, tienen sobre todo volver a construir. Ya no tienen que denunciar, sino proponer soluciones. Ya no tienen que vigilar para que no caigamos, sino mostrar el buen camino. Ahora, toda la herencia tiene que servir. Es la hora en que se recoge el buen vino y se abren las bolsas para el grano. Es la hora de la madrugada, cuando la luz despierta por encima de las naciones y anuncia la llegada del sol de justicia, el premio para los que han luchado toda la noche y el triunfo tan esperado y merecido de la contrarrevolución.